

hasta el punto de establecer un embajador en Roma cerca de Victor Mannel. De esta suerte son pisoteados los tratados, el derecho, la justicia; de esta suerte la sociedad marcha gradualmente a la apostasía. La Europa entera adjudica el triunfo á la impotencia; niéganse impunemente todos los principios; los gobiernos y los pueblos, apoderados de un vértigo, no pueden sufrir la luz de la verdad; conspíran para derribar la Iglesia, el apoyo único, verdadero y sólido de la autoridad del bien y de la virtud; la obcecación ha llegado á su colmo. Pero revelaciones particulares, y sobre todo esto, una persuasión general, nos aseguran: que la Santa Iglesia ha de alcanzar en breve un triunfo próximo, completo, admirable, para que pueda cumplir su misión en el mundo, puesto que, como dice san Pablo, es preciso que antes de la consumación de los tiempos, «la plenitud de las naciones entre en el redil del divino Pastor.» Entre tanto ¿no estamos viendo ya, que la escena del mundo está completamente dispuesta para el papel que ha de desempeñar el Anticristo? La triste comedia que representan ahora los hombres de Estado, no es más que la preparación de su reinado. Dios, como diremos más adelante, va á desbaratar los esfuerzos de los malos con un golpe de su mano; pero despues de algunos años de paz, despues de una era de una incomparable prosperidad espiritual y temporal, el mal reprimido durante este demasiado corto periodo, recobrará, poco á poco, su curso intermumpido, en medio de los individuos y de la sociedad, y la generación siguiente se encontrará de nuevo completamente dispuesta para la dominación del Anticristo. En nuestros días; si el mal va á ser vencido en breve, será, merced á la devoción al Sagrado Corazon, y á la lealtad hacia el Papa, recurso supremo reservado á los últimos tiempos del mundo; será tambien, merced á la gloria tributada á María Reconciliadora, en su Concepcion Inmaculada, por el Sumo Pontífice y por la Iglesia; deberemos, en fin, á la dicha de presenciar el triunfo del bien, á la glorificación solemne del ilustre san José, declarado patron de la Iglesia militante. Gracias á estos recursos celestiales, reservados por la misericordia infinita de Dios para salvarnos en el momento de la próxima crisis, el mal será dominado una vez más: Satanás será vencido, aplastado

bajo la planta de Nuestra Señora de la Saleta Inmaculada; pero será por la última vez. (4).

Una objecion.—Podría aqui hacerse una objecion, que no deja de tener cierta apariencia de verdad y fuerza. Podría decirse, que en todos los siglos, ha habido siempre en todos los pueblos ataques dirigidos á la Iglesia y al orden social; que se han violado todos los derechos; que se han visto hombres perversos, muy malos príncipes, promovedores de desórdenes y la anarquía; y sin embargo, ni la verdad, ni la santa Iglesia, ni el legítimo derecho, ni la sociedad sucumbieron; el bien, la causa de Dios han acabado siempre por triunfar.

Grande es el error de los que raciocinan de este modo, si consideran, que los tiempos en que vivimos, son unos tiempos ordinarios; que nuestro siglo se parece á los pasados siglos; y que los años sucesivos serán la reproducción de los anteriores. La verdad es, que vivimos en una época extraordinaria. Estamos en la sexta edad de la Iglesia, y no en la cuarta; asistimos á la vejez de la sociedad, y no á su juventud ni á su edad madura; nos acercamos á los

(4) En el folleto, *La Misión de la Francia*, hemos transcrito la profecía de San Remigio á Clodoveo (*Secretos de la Saleta*, pág. 12.) «La Francia decia Pio IX á mons. de Dreux-Breze (1871) es la primogenita de la Iglesia. Si llegase á ser humillada y cercenada, sería este el signo precursor de los malos días, que han de preceder á la consumación del tiempo.» «El último de los reyes de Francia morirá en una gran batalla (que la darán sin duda los sectarios del Anticristo), y su cadáver quedará abandonado é insepulto.» (Predicciones de una religiosa estigmatizada, muerta en 1850.) Por último, Sor Natividad habla tambien de la ruina de los reinos cristianos: «Cuando los cómplices del Anticristo comenzarán á hacer la guerra, se situarán cerca de Roma en donde triunfarán, por sus victorias, de todos los imperios y de todos los reinos que habrá al rededor de esta ciudad.... El Papa padecerá martirio; Roma quedará completamente destruida; su sede será preparada por el Anticristo.»

tiempos que los Santos Libros denominan la *consumación de los siglos*.

En los anteriores, hubo guerras injustas, grandes agitaciones entre los pueblos, momentos de vértigo para los reyes y para sus súbditos; revoluciones y tiranías, desvios de hombres y de pueblos. Pero todo esto fué momentáneo; eran tempestades que pasaban. El mal no estaba sino en la superficie. Por otra parte, habia acuerdo con respecto á los principios fundamentales, y las polémicas se animaban solamente por cuestiones prácticas de aplicación. Para empeñar ó sostener el combate, los hombres de entonces, se colocaban en un terreno considerado por todos como sagrado é inalterable. Hé aqui por que los partidos que estaban en guerra abierta, llegaban en breve á un acuerdo y á firmar la paz. Esas disensiones frecuentes, pero pasajeras, entre los hombres de la verdadera Iglesia, y á veces de un mismo país, eran inherentes á la naturaleza humana, tan profundamente alterada por el pecado original, que reclama constantemente la independencia con un derecho, á no ser que esté auxiliado por la divina gracia para someterse al yugo de la obediencia y de la ley de Dios.

Pero ahora no sucede lo propio; no solamente está agitada la superficie en nuestro estado social; no solamente se suscitan cuestiones puramente extrínsecas y accidentales, sino que se discuten los principios mas esenciales, los que sirven de base á la sociedad. Quiere derribarse radicalmente lo que ha sido hasta ahora el criterio de la verdad; se quiere romper el eje sobre el que han girado hasta el presente los destinos del mundo, y sustituirles otros completamente desconocidos. En otro tiempo, los partidos que estaban en lucha, creían, y pretendían obrar en nombre de Dios, que invocaban con un fervor, ó á lo menos con una buena fe, que parecían iguales. Pero, ahora, se deja completamente á un lado al Señor; el hombre pretende ponerse en su lugar; no quiere depender sino de si mismo, ni reconocer los derechos de Dios, sino solamente los *derechos del hombre*.

Antiguamente, los desórdenes de la guerra ó de la revolución causaban sus estragos en un solo país, ó en dos; ahora, toda la Europa, una gran parte de América y Asia, y hasta la China, tan estacionaria, no están en completa efervescencia, divididas en una

multitud de partidos, la mayor parte de los cuales no sueñan sino en las mas locas utopías, y en los sistemas mas subversivos, y favorecen con su dinero y sus simpatías las osadas intenciones que en Italia, en Francia y en otras partes, van á destruir el derecho y la autoridad legítimas para sustituirles su dominación tiránica y abominable? (Rougeyron.)

Creemos, pues, tener completa razon al recelar, en un porvenir próximo, las mas terribles catástrofes que se han visto en el mundo, como consecuencias de esta revolución universal, de la violación de los derechos mas sagrados, del menoscupo de los principios mas necesarios para la conservación de la sociedad. El espíritu del error y de la rebeldía se esfuerza, desde mas de un siglo, á ganar terreno y á penetrar en todos los entendimientos. Seguirá su curso lógico; ya varias veces se ha manifestado con actos; y si es verdad que hasta ahora no ha triunfado por completo, no lo es ménos, que solo se le ha tenido en jaque; pero cada día el partido del mal se robustece, á proporcion que la fe se debilita.

XII.—Consideraciones referentes al clero regular y al secular.

Lo que vamos á decir de los eclesiásticos, se aplica, hasta cierto punto, á los simples fieles: unos y otros están obligados á aspirar á la santidad, segun el precepto divino. Pero en la perfeccion como en el sacerdocio, hay diferentes grados. Todos debemos seguir las reglas de nuestra vocación respectiva; y segun esta ley, debemos tomar parte en estas observaciones. Por esta razon las continuamos en el presente opusculo.

Todos los cristianos constituyen el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. (BEN. XIV, Encic. *Ubi primum*.) En su virtud, no pueden los simples fieles menoscopar la misión de edificar unos á otros, dar razon de su fe, y aumentar el tesoro de la vida católica. Vemos que los apóstoles elogiaron á los seglares, y aún á las mugeres, que trabajaban con ellos para gloria de Dios: (Rom. XVI, 3, 5; 2.ª Tim. IV, 19.) Todo cristiano es discípulo y servidor de Jesucristo. Por esto Tertuliano pudo decir, que los seglares son en cierto sentido, eclesiás-

ticos, pues Jesucristo nos ha hecho á todos reyes y sacerdotes de Dios, su Padre. (Aroc, I, 6.) Por esto, en ausencia del eclesiástico, el seglar ora en la reñion de los fieles, y bautiza, porque participa del sacerdocio. La Cabeza visible de la Iglesia tiene la plenitud del sacerdocio; los obispos, los presbíteros, los diáconos la tienen en diversos grados, de tal suerte, que este sacerdocio constituye el órden de los presbíteros, mientras que el sacerdocio de los seglares es pura y simplemente una participacion del primero. San Gregorio Nacianceno, (ApoloG.) distingue claramente estas dos clases de sacerdocios, uno interior, y otro exterior. Por esto la dignidad del presbítero es muy superior á la del simple cristiano, aunque ya inmensa.

San Gregorio se quejaba de su tiempo, porque era general la relajacion del clero secular y regular (y, por consiguiente, la relajacion de los seglares). Lo mismo sucede ahora; cuanto más débil es el hombre; cuanto más le arrastra su propio peso á la vida cómoda, tanto más detesta la reprobacion. El Santo doctor (¿quién se atreverá á contradecirlo?) emitió ya su opinion, de que «la mayor parte de los eclesiásticos vivian en la relajacion y la tibieza.» (SERVA.) La Iglesia, aunque es divina, necesita muchas veces reformas, ya en los superiores, ya en los inferiores. Se compone de hombres; y los obispos, los eclesiásticos, á pesar de la santidad intrínseca de su ministerio, como hombres, conservan las imperfecciones y las debilidades humanas, á lo ménos en cierto grado. La Iglesia nada tiene que rectificar en la ensenanza de su fe, que es divina é invariable; no tiene que variar nada en su moral, que es santa, ni en los sacramentos por medio de los que santifica á los hombres; pero necesita recordar constantemente la observancia de sus leyes á los hijos suyos, y aun á sus ministros, que, siendo por demás débiles, las desprecian ó infringen su observancia.

El sacerdocio judaico dejó que desear tanto y más que el sacerdocio cristiano. Puede decirse, que la Biblia es una larga lamentacion contra los malos pastores, que fueron causa de la perdicion de Israel. Bajo la ley de gracia, mil ochocientos años há, los Papas y los Concilios han trabajado sin descanso en reformar los varios puntos de

disciplina, que sucesivamente flaqueaban. (Móns. de SEGUR.)

Hemos llegado á una de esas épocas desastrosas de la Iglesia, en que los individuos del Santuario han dejado enfriar en si mismos la caridad.... Los sacerdotes están obligados, en su calidad de pastores de las almas y de ministros de Jesucristo, á trabajar en la santificacion de los demas. Pues bien; ¿cómo podrán comunicar la santidad á los demas, si ellos no son más santos que los simples fieles?

Los eclesiásticos, por no estar separados exteriormente del mundo, como los religiosos, se hallan mucho más expuestos á peligros; necesitan una gran fuerza para no dejarse arrastrar por el torrente del mundo en que viven; es preciso que tengan mucho desprendimiento y gran santidad, para no quedar inficionados por el aire contagioso de los mundanos, con los que están en continuas relaciones.

No es de extrañar, por lo tanto, que en medio de tantas causas de disolucion, los ungidos del Señor vayan relajándose paulatinamente, y en cada siglo necesitan reformarse.

Dios concede al sacerdote abundancia de gracias, pues se las concede proporcionadas á la grandeza de la dignidad á la que eleva á sus ministros, y á la importancia de la mision que les confia, para que puedan sobrellevar esta dignidad y cumplir esta mision: por esto los sacerdotes, que por su ministerio son los jefes del pueblo, deben tener gracias sobrepandantes para poderlas comunicar á otros. Todos los actos de su ministerio se refieren á Dios, y les obligan á acudir á él continuamente; esos actos exigen y suponen la santidad, de tal suerte, que un sacerdote, fiel á su mision, ha de progresar todas las horas en la perfeccion. Pues bien; es imposible, moralmente, que un sacerdote santo no santifique á su grey, y no la mantenga en la fe y en las virtudes cristianas.

San Francisco de Sales decia, que el sacerdote ha de ponerse á cubierto de toda censura, evitando, no solamente los pecados graves, sino hasta las menores faltas, y aún ciertos actos que no llegan á constituir culpa: *nunc secularium sunt blasphemias clericorum.* (SAN BERNARDO.) Para las personas de mundo, tales y cuales cosas son bagatelas;... para nosotros serian gran-

des pecados. ¿Cómo podriamos reprender el lujo del mundo, si el nuestro saltase á la vista? ¿Cuantos eclesiásticos predicán y no hacen lo que enseñan, destruyendo con su mal ejemplo lo que edifican con sus discursos? ¡Hay una virtud sobrenatural, que se desprende de toda la persona del eclesiástico santo. Por esto se tenia tanta confianza en el Apóstol del Chablais; la gente acudia en tropel á escucharle. Y decian: «Este reune la santidad á la doctrina; entiendo muy bien todo lo que dice, y todavia lo practica mejor que lo entiende. Si todos los eclesiásticos se le pareciesen, añadian los calvinistas, en breve seriamos todos católicos.»

El sacerdote necesita, no una virtud, sino todas las virtudes. El carácter sacerdotal es eminentemente un carácter de gracia y de santidad; por consiguiente, todo eclesiástico está constituido en un estado de perfeccion, y no puede salvarse con la virtud comun, que basta para asegurar la salvacion de un simple fiel. Este es el sentir de Santo Tomás. Es evidente, por lo tanto, que el carácter sacerdotal eleva al hombre, que está investido de él, á un estado tan sublime, que para él la perfeccion deja de ser un simple consejo, y pasa á ser una obligacion rigorosa. «Los sacerdotes, dice San Lorenzo Justiniano, están muy elevados; es preciso, pues, que lleguen al colmo de las virtudes; de otra suerte, su autoridad entre los fieles, no sirve para su mérito, sino para su juicio y condenacion.»

«El sacerdote debe ser santo, dice un autor contemporáneo; es, por lo tanto, un error, y grosero error, creer, que le basta evitar todo pecado grave, y que puede, sin temor de exponer su salvacion, beber como el agua las iniquidades leves y entregarse á toda clase de pecados veniales. Hacer profesion de menospreciar toda falta por ser leve, es una disposicion directamente opuesta al estado de perfeccion que requiere la santidad del sacerdocio; por consiguiente, constituye, por si sola, un pecado grave. Aquí la ilusion no puede invocar en favor suyo una opinion débilmente probable.» El Concilio de Trento, órgano infalible del Espíritu Santo, dice al sacerdote, que los pecados veniales pueden ser graves con respecto á su persona, y que debe evitarlos: *Levia etiam delicta, que ipsis maxima essent, effugiant, ut eorum actiones*

cunctis offerant venerationem. (Sess. XXII, cap. 4.º) «Por otra parte, dice San Juan Crisóstomo, de leves, esas faltas se vuelven fácilmente graves.»

El sacerdote está obligado á marchar por el camino de la santidad sacerdotal, y no es libre para elegir, entre una virtud comun y una virtud sublime; es preciso, que sea, ó un santo, ó un demonio. «Con el sacerdote sucede como con el Angel, dice San Bernardo; para él no hay término medio; ó es elegido, ó es reprobado: *tamquam Angelus eligitur aut reprobat.*» Y Jesucristo ¿no reprobó tambien los sepulcros blanqueados?

El sacerdote debe ser santo; es, por lo tanto, un error, y grosero error, creer, que no es necesario seguir otra conducta que la mayor parte de los eclesiásticos, y que ha de evitarse todo lo que podria atraer sobre nosotros las miradas, y hacernos parecer *singulares*.

Es un principio cierto, que no debemos arreglar nuestra conducta á la conducta de los demas, sino á las reglas del Evangelio y á la doctrina de la Iglesia. Los ejemplos, vengan de donde vengan, no tienen fuerza alguna, y no pueden ser imitados, en cuanto están en oposicion con las máximas del Evangelio y la disciplina eclesiástica: *regulit, non exemplis, regitur Ecclesia.* «En el mundo, y en nuestro estado, decía Mons. de la Motte, obispo de Amiens, el que no quisiese singularizarse algo, entraría indudablemente en el camino ancho. Léase la vida de San Carlos, y véase si hubo jamás un obispo tan singular como él.» El venerable Párroco de Ars, se expresaba aún con mayor energia: «Para ser santo, decia, es preciso ser loco, haber perdido la cabeza. Esto mismo decia San Pablo: *Nos stulti propter Christum.*» (El Párroco, según el Párroco de Ars.)

Los sacerdotes son puestos al frente de los pueblos para conducir las almas á la vida eterna; deben, pues, ser los primeros, que pongan en práctica los consejos del Evangelio.... Las sagradas Órdenes constituyen á los sacerdotes en instrumentos de santidad.... El ilustre Leonardo de Puerto-Mauricio, teólogo favorecido por la luz divina, dice á este propósito: «El que no esté resuelto á perder la vida, antes que hacerse advertidamente culpable de un pecado venial, debe dirigirse á sus superiores, y no entrar en el santo ministerio, pues lo que

quisiera hacer en favor de los demás, se convertiría en un mal absoluto.»

En sus *Resoluciones*, se expresa en estos términos: «Es preciso tener por cierto, que un solo pecado venial, y una imperfección voluntaria delante de Dios, tienen más peso, en punto al mal, del que tiene en el orden del bien el fruto que puede obtenerse en todas las misiones posibles.»

La sociedad espera su salvación, y la santa Iglesia su triunfo de los eclesiásticos y de los religiosos; pero no pueden obrar el bien sino en la proporción de su propia santidad: pensar, creer y admitir, que sea de otro modo, es una obcecación peligrosa. Un solo santo hace más bien del que podrían hacer los que, animados de muy buenas intenciones, están menos adelantados en los caminos de la verdadera perfección. Los frutos de que es origen el sacerdocio, nunca son proporcionados al celo, sino á la santidad. Es imposible hacer un bien en la presencia de Dios, sino, según el grado de perfección en que cada cual se encuentra. Hay obras de celo, que pueden atraer alguna estimación á los ojos de los hombres; pero delante de Dios, merecen castigos proporcionados al desorden de la intención desarrreglada.

Oigamos lo que dice sobre este importante punto la ilustre Santa Teresa: «Un sacerdote, sea religioso, sea secular, que es perfecto, presta indudablemente más servicios á la causa de la Iglesia, que muchos imperfectos... Los sacerdotes que se ocupan en los actos sagrados del ministerio, no han de ser hombres, sino ángeles. Si no son tales, permanezcan en el retiro y en el silencio, pues más harían mal, que bien.» (La situación del clero en Francia, por un doctor en teología). Después de estas consideraciones, tomadas de buenos orígenes, las quejas de la Santísima Virgen, las amargas lágrimas que derramaba mientras duró su conversacion con los Pastores de la Saleta, se comprenderán mejor sin duda. Su dolor parecerá menos singular; y los sabios, los ignorantes, menos escandalizados de las censuras y de las amenazas, creerán, visto el actual estado de la sociedad, en la necesidad de una reforma completa en los unos, para que tengan la gracia de santificar á los demás.

XIII. — Advertencia dada á los superiores eclesiásticos, relativamente á las vocaciones. — De que modo los gobiernos impíos trabajan en destruir al clero.

«En el año 1865 se verá la abominación en los lugares santos, en los conventos..... Los que estén al frente de las comunidades religiosas, vivan prevenidos con respecto á las personas que hayan de admitir. Poes los desórdenes y la adición á los placeres..... Estas palabras del secreto de Melania revelan un peligro y una situación, que, acaso, no tiene precedente. Nuestra época ofrece señales precursoras de los últimos tiempos de la Iglesia. La tibieza de la fe, el enfriamiento de la caridad, el olvido de la moral y de la disciplina, las osadías de la falsificación, han bastardeado realmente los ánimos y seducido los corazones. Un alma santa ha revelado este estado de sufrimiento en las congregaciones religiosas; ella manifiesta que el espíritu profano, la relajación en la estricta observancia de las reglas, las contemporizaciones introducidas en la práctica del ayuno y de la mortificación, han dominado, ó poco ménos, en ciertas comunidades. No se vé reinar allí el amor á la perfección evangélica; y sacerdotes ilustrados, como Mr. Combalot, se espantan, á veces, á la vista de lo que descubren... No hablemos de esos seres degradados; pero á los que son flojos y cobardes en el cumplimiento de sus deberes religiosos, preguntémosles, si en los días de la tormenta, tendrán valor para aceptar el martirio. Hemos citado ya á San Ligorio, á Beato Leonardo de Puerto Mauricio, y á Santa Teresa. El Estático de Niederbrunn deplora también, el triste estado á que han venido las corporaciones que han degenerado, y anuncia, que Dios las volverá á la perfección por medio de castigos. Sor Natividad, no es ménos explícita sobre la relajación que se ha introducido en los conventos é institutos religiosos, lo cual los someterá al poder de los gobiernos impíos. Ana Maria Taigi, se lamenta de los peligros que correrán las almas en nuestros días de pruebas, á causa de su estado de degradación, (esto se refiere á los seglares, tanto como á los eclesiásticos). Por último, Melania responde á los que desean conocer todo el secreto: «No tengo valor para es-

cribir ni una línea. Por otra parte, todo es espantoso... Que las madres eduquen cristianamente á sus hijos, pues el tiempo de las tribulaciones no ha concluido. Si os reñenase su número y sus cualidades, os quedaríais asombrados.» Estas palabras recuerdan las de Nuestro Salvador relativas á nuestro tiempo, en que los deberes de los padres son, á la vez, muy difíciles y olvidados: *Dichosas las estériles y los pechos que no dieron de mamar.* (Luc. XXIII, 29).

En 1789 ¿qué congregaciones religiosas, qué monasterios no habian sido reformados? Su supresion ¿no fué para muchos una lección de la justicia divina? El clero fué la primera víctima de la Revolución, porque los castigos de Dios vienen primero y principalmente sobre los que, llamados á mayor perfección, no han correspondido á su vocación; mientras los que se han conservado al frente de la lucha católica, tienen, en tiempos de persecución, la dicha de enseñar á los demás el camino de la victoria.

Se ha notado, que la conversacion de Maria Snaa, en la Saleta, se dirigia á los seglares, en la parte que fué publicada inmediatamente; mientras que la parte secreta se dirigia completamente al clero; esta parte no es todavia conocida por entero, pero se va descubriendo sucesivamente, desde 1851, 1861 y 1870. Pues bien; esta recomendación de Maria Snaa, de que se pongan más á ellas ¿no revela en el clero una terrible plaga, ocasionada por los gobiernos impíos y por las sociedades secretas? Han tratado de destruir al clero por el clero, constituyendo un clero á su servicio, é introduciendo en el sacerdocio á sus adeptos, á sus secretarios. Esta conjuración data de 1815. Mr. Kersten, en su *Diario histórico de 1834* (Le Khalolik, Tom. XI); *El Ero de los verdaderos principios*, (Tom. VII y VIII) dan fe de ello; como tambien los archivos de los gobiernos, que se unieron en dicha época, para destruir el catolicismo en sus provincias. La reunion se verificó en Francofort-sur-Mein. Era presidida por el ministro de Wurtemberg; pero la Prusia lo dirigia todo. Además de los representantes de estos dos reinos, habia los de Baden, Hesse, Nassau, Mecklemburgo, Weimar, Sajonia, Odenburgo, Waldeck, Lubeck, Brema, Francofort y otros puntos. Hé aqui lo que extractamos de las obras citadas mas arri-

ba, y lo que reproduce la *Correspondencia de Ginebra* del 22 de marzo último: «Esta reunion, verificada en un mismo espíritu y para el mismo objeto, acordó, que era preciso reducir la religion católica á los derechos que resultan de su constitucion esencial, sacada, no del derecho canónico, sino de las relaciones racionales y naturales de la Iglesia y del Estado, tales como fueron concebidos por el protestantismo y predicados por Febronio. Dicha reunion adoptó las conclusiones del concilio de Basilea, y los decretos de José II; resolvió suprimir toda comunicacion libre con Roma; despojar al episcopado de una influencia activa, sobre los seminarios y los establecimientos de enseñanza teológica; y entregar, completamente atada, la enseñanza publica, elemental y superior, en manos del Estado. El patronato de parroquias y beneficios fué adjudicado al Señor del territorio. Y para los matrimonios mixtos, la disolucion de los mismos, y la educacion de los hijos, se tomó por norma todo lo contrario de lo prescrito en la doctrina católica. Por último, se habia de favorecer la abolicion del celibato por los eclesiásticos, á fin de que nada hubiesen de temer de sus instrumentos envilecidos. De este modo se preparaban para cumplir las promesas hechas á los pueblos. De todo esto resultaba una incorporacion monstruosa de la Iglesia y el Estado. No se tuvo vergüenza para proponer á Roma un concordato basado en esas condiciones: aceptarlo, era hacer traicion á su deber, Roma lo rehusó; una nota eúrgica del cardenal Consalvi, de fecha 14 de agosto de 1819, expuso el sentir del Padre Santo sobre esta comunicacion de los principes protestantes. Se suavizaron; y fiando en la fe de la palabra que dieron, fué posible tratar con ellos. Una bula del 15 de agosto de 1821, y otra de 11 de junio de 1827, arreglaron los derechos de los católicos alemanes y sus relaciones con el gobierno. El rey de Wurtemberg no vaciló en aceptar en términos formales; y sin embargo, el gobierno no desistió por esto de su pretendida omnipotencia católica: confirió prebendas y beneficios á personas indignas, usando arbitrariamente del derecho de patronato; introdujo eclesiásticos despreciables y doctrinas erróneas en los establecimientos de enseñanza religiosa, y se permitió hacer variaciones en la liturgia. Ya se ha tenido valor para ha-

blar en las Cámaras de un sínodo diocesano, que consumaría la separación con Roma, se emanciparía de la superstición laliniana, y con su brazo reformador acabaría de derribar el ídolo corroido del catolicismo. Entre tanto, se habla de planes de Iglesia nacional; y por horror que cause decirlo, la verdad, sin embargo, obliga a confesar, que un número considerable de sacerdotes, vendidos y degradados, cooperan, á lo ménos con su silencio y sus deseos, á la realizacion de los planes del Estado.

«Los principes protestantes buscan medio de que no se propongan á Roma más que personas ineptas ó enervadas por una debilidad innoble, que abandonan servilmente las riendas á todas las exigencias de las pasiones y de la política. De suerte, que el Padre Santo, casi á cada nombramiento, se encuentra en la dura alternativa, de dejar las iglesias sin jefes, en medio de todas las aberraciones de la política y del dogma, ó aceptar una persona, cuya mano, muchas veces más débil que culpable, dejará que vengan ruinas sobre ruinas.

«No obstante, la influencia de esos gobiernos sobre la situacion general del catolicismo en Alemania, sería pequeña como su poder, y su accion individual no sería, tal vez, tan devastadora en su círculo limitado, si no tomasen por brújula un poder imponente y hábil, cuyos ejemplos les sirven de leccion, y cuya política los alienta y los sostiene. Me refiero á la Prusia. El gabinete de Berlín,—digámoslo francamente,—es el campeón que ha entrado en lucha con más tenacidad y cólera, contra el catolicismo; pero esa cólera es fria como un ódio secreto y premeditado; se ha pasado maestro en ardidés de guerra; y en cuanto á la eleccion de medios, su conciencia es tan ancha; su altivez sabe rebajarse á todos los procederes de una mezquina policia eclesiástica. Es preciso ser ciego voluntario, para no ver, que hay en el algo más que afición á las teorías de los publicistas sobre una Iglesia nacional: una ficcion religiosa es un medio comprendido y preparado de ampliacion; tiende á un califato protestante, cuya jurisdiccion sería más impetuosa de lo que nunca fué, á pesar de las calamidades de que ha sido objeto, el poder espiritual, divino y tutelar de los Vicarios de Jesucristo.

«La táctica de Prusia, con respecto al clero, es la misma que la de los demás Estados de que hemos hablado; solo tiene la ventaja de estar en el apogeo de la perfeccion. Compadezo á los monarcas por los lazos que tiende á sus pies una propaganda revolucionaria, enemiga jurada de su poder; pero ¿por qué tienen ellos, á su vez, otra propaganda tan bien montada contra el reino de Dios?»

En 1832, la revolucion orleanista comprometió de nuevo á los gobiernos francmasones á comenzar otra vez, pero en secreto, sus trabajos contra la Iglesia católica. El reinado de Luis Felipe no fué sino una prolongada conspiracion en interés suyo, contra los intereses de Francia y los derechos de la religion, así en el interior como en el exterior. Por esto, uno de sus ministros se atrevió á decir á un adepto, que hubiera deseado mayor entusiasmo en esta demolicion social: «¡Magnífico! Decid; ¿qué podíamos hacer, y no lo hâyamos hecho? Dispone de mí para atacar á la Iglesia.»—Hemos leído los artículos de esa conspiracion, que recuerdan todo el odio hipócrita de Febronio y de José por la desmoralizacion del clero, así secular como regular, y por la destruccion de las Órdenes religiosas. Ahora los impíos han progresado en su infamia; han podido introducir en el clero individuos de las sociedades secretas; tambien hay monstruos de esta clase, que han llegado á ocupar dignidades. Bonaparte y Victor Manuel ¿no persiguieron á los buenos obispos? ¿no imitaron á Luis Felipe? ¿no hemos visto á Napoleon, que obligaba á presentar dimisiones, y condecoraba á los eclesiásticos que se disponían con su Prelado? ¿no hizo cónsules de Francia á Miguel Levy, á Ferret,.... á esos religiosos apóstatas, que escandalizaron á todo el Oriente? El Reverendísimo P. Moreau, que ha muerto recientemente, y que fué superior general de la Congregacion de Santa Cruz de Mans; ¿no debió todos sus contratiempos á los francmasones, que se habian introducido en su Instituto para desacreditarlo? Podríamos hacer otras revelaciones; pero bastan éstas para justificar la advertencia dada por Maria Sma. á los superiores eclesiásticos. Esa conjuracion de 1815, 1832 y 1853, sigue igualmente activa. Bismark, auxiliado por Friedberg y los eclesiásticos liberales en Austria, Suiza, Orien-

te, é Italia, está al frente de esta guerra sin tregua contra la Santa Sede y el sacerdocio. En Francia, Thiers, con sus librepensadores y sus católicos liberales, algunos de los que, como Loyson, Junqua y otros, se han convertido en seres infames; ¿no continuaba la obra de su juventud, cuando, entre mofas y escarnios, maleaba el arzobispo de Paris, y publicaba sus doctrinas impías?

L'Univers y *le Français* del 22 de octubre último, denunciaron todo esto al con-testar á las acusaciones del *Journal des Debats*, que censuraba al clero por sus *contemporizaciones* con Bonaparte. El periódico *L'Ordre* hizo más que el *Journal des Debats*; se atrevió á dirigir su manifiesto napoleónico á los individuos del clero, que creyó ser imperialistas. Pero *Le Monde* del 10 de noviembre fué más allá. En su indignacion contra algunos triunfos obtenidos por esas influencias satánicas, exclamó: «¿No se ha llegado al extremo de hacer entrar en las Órdenes religiosas individuos, cuyo cometido era, despues de ordenados, ofender con la conducta más escandalosa, á los fieles, al clero y á la religion?» Pues bien; nosotros preguntamos: ¿Ha ocurrido semejante escándalo en los tiempos antiguos?... ¿Y todavía los hombres de pobre espíritu se atreverán á censurar nuestros valor, empleado en desvelar semejantes torpezas, y en explicar los motivos de las lágrimas que derramó Maria Sma. en la Saleta? ¿no censurarán porque combatimos esta paradoja: *Que debemos respetar y servir á todos los poderes?* ¿Ah! Bendigamos á Dios, porque el mal no ha podido triunfar por completo. Jesucristo sostiene y perpetua su Iglesia, pues todos los esfuerzos del infierno y del mundo, de los perversos que la están minando, y de los tibios que no se oponen á nada, nada valen ni son para él. Digamos tambien, que el demonio queda muchas veces cogido en sus propias redes. Conocemos á algunos de esos perseguidores, que se convierten como Saulo; el reverendo P. Moreau nos citaba algunos; y Luis Felipe confesaba, que sus obispos, tan entusiastas en su favor y en pro de las ideas del día antes de su consagracion, se volvian de hielo despues de esta ceremonia. Así es, que la obra de Dios sigue adelante á pesar de todo, porque Dios sabe sacar el bien del

mal, y de piedras puede hacer hijos de Abraham.

XIV.—Cisma y Apostasía.

«La Italia será presa de la guerra; correrá la sangre en todas direcciones: las iglesias serán profanadas; los sacerdotes, los religiosos serán expulsados; los se dará muerte y muerte cruel; algunos renegarán de la fe; el número de eclesiásticos religiosos que se separarán de la verdadera religion, será grande; entre ellos figurarán algunos obispos.... Varias comunidades religiosas perderán completamente la fe y tendrán numerosas bajas....» Así se expresa Melania en *El Secreto de la Saleta*.

Despues de leídas estas palabras, no se extraña si ahora, muchos rechazan las revelaciones privadas, que gozan de mayor autoridad, puesto que, á no ser por «una gracia particular, las personas consagradas á Dios,» están expuestos á tomar el espíritu de los ángeles malos, y hasta á perder la fe (1).

(1) Ana Catalina Emmerich, dijo, hablando de sus revelaciones: «He rogado á Dios que me las retirase, á fin de verme libre de la obligacion de referirlas y de la responsabilidad consiguiente. Pero, no he sido atendida, y se me ha dicho, que debo referir todo lo que esté en disposicion de decir, y esto, aún cuando se burien de mí.... Por otra parte, no se trata de intereses míos, sino de intereses de la Iglesia. ¡Es una gran desgracia, que se pierdan tantos! De aquí resulta una gran responsabilidad. Muchas personas, que son causa de que yo no haya tenido jamás reposo, y el clero, que está farto de hombres y de fe para hacer esto, tendrán que dar una terrible cuenta. He visto tambien todos los obstáculos que el demonio ha suscitado.»

Sabido es, que los niños de Pontmain vieron á la Santísima Virgen *quedar sumida en la tristesza*, en el momento en que un hombre, que acudió al sitio de la Aparicion, ponía en duda el hecho milagroso.

Nuestro Señor manifestaba estas quejas á un alma santa: «¡Si los hombres, decia, supiesen reconocer los medios de mi bon-

¡Cuántos hombres—bien pueden ahora costarse por millones—cuántos hombres son hostiles al Papa, a la Iglesia y a la religión? ¿Queréis saber la causa de esto? Cada día rienden cullo a los demonios; llegan al extremo de ofrecerles el honor y la adoración, que no corresponden sino a Dios, y sustituyen la enseñanza de Dios y de la Iglesia con las doctrinas de esos espíritus malditos. Hemos llegado a esos tiempos peligrosos, en que algunos, según el Apóstol, abando-

dad y de mi amor, si supiesen aprovecharse de mis advertencias, y conjurar los castigos, alejándolos!.... Pero casi todos se dormirán en una vana y falaz seguridad; algunos se burlarán de mis amenazas y de mis advertencias.» (*Grito de salvación*).

Dudar de estas manifestaciones sobrenaturales, sin tener una prueba ni una razón grave; no es negarse a creer en la misericordia y en el amor de Dios hacia los hombres? María se queja también de esta indiferencia, de esta ingratitud. ¿No lo dijo acaso en el santo Monte?.... «Mucho tiempo ha que sufro por vosotros... ¡yo no me habeis hecho caso!»

«Los que pretenden poner en duda, dice María Sma. a la venerable María de Agreda, las singulares gracias que Dios, en su liberalidad, comunica a ciertas almas escogidas, porque esos favores son muy superiores a los alcances del pensamiento humano; esos quieren privar a Dios de la gloria que espera de sus obras, y quieren medirías por lo pequeño y bajo del espíritu humano, que en esos increíbles es, por lo común, el más depravado y oscurecido por los pecados.» (*Ciudad mística*, pag. 3). Los teólogos, tratando de la fe, tratan también de las revelaciones públicas, que se refieren a la común utilidad de la Iglesia. Pero es evidente, así por la Sagrada Escritura, como por historias auténticas, que ha habido siempre revelaciones particulares en todas edades, y en todos los estados de los hombres, desde Adán, hasta nosotros.... Así lo enseñó Santo Tomás, diciendo: «Nunca, en ningún tiempo, ha dejado de haber profetas, no en verdad para dictar nuevos dogmas de fe, sino para el buen arreglo y la corrección de las costumbres.» (Cardenal Bona, *Discernimiento de los espíritus*.)

narán la fe para escuchar a los espíritus del error y seguir las doctrinas de los demonios.» (*Ad Timoth.*, IV, t. 1.—*Florecitas del claustro*; Daras.)

Sor Catalina Emmerich, que murió en 1824, vió, que la Iglesia sería acosada y perseguida.... Su guía le advirtió, que rogase y excitase todo lo posible a los demás, a que rogasen por los pecadores, y especialmente por los eclesiásticos infieles a su vocación. «Teneis que pasar días malos, me dijo. Los disidentes seducirán a muchos hombres, y se esforzarán por mil medios en quitar toda autoridad a la Iglesia; de aquí resultará una gran perturbación.»

Oigamos, sobre este punto, a Sor Rosa Colomba: «Estallará una gran persecución contra la Iglesia; muchas personas flaquearán en la fe; habrá un cisma; varios obispos apostatarán; pero la mayor parte permanecerán fieles; y casi todos los individuos del episcopado tendrán mucho que sufrir por su valor y su fidelidad a la Iglesia.... Durante la persecución, saldrá un precursor del Anticristo; con él irán numerosos sectarios, que apoyarán, puñal en mano, la predicación de sus nuevos principios contra la Iglesia. Su astucia será tan eficaz, que ganará en su favor, hasta a personas de recto pensamiento.»

Dice también la propia Religiosa sobre este cisma: «que no perseverarán en la fe todas sus coreligiosas, y que serán martirizadas las que no hayan querido apostatar.»

La venerable Ana María, hablaba muchas veces a su confesor, de la persecución que la Iglesia ha de sufrir, y de la infelicitada época en que se verá quitarse el antifaz a muchas personas, que se tenían por apreciables. Preguntaba alguna vez a Dios, quienes serían los que resistirán a esta terrible prueba, y se le contestó: «Serán aquellos a quienes concederé el espíritu de humildad.» En efecto; el orgullo es el que se subleva contra la autoridad del Papa, y mata la respetuosa sumisión que se le debe.

En una revelación contemporánea, citada en las *Voces proféticas* (3.ª edición, página 475), se hace mención de esta apostasía en los siguientes términos: «Vi a un gran número de eclesiásticos, que se ponían de su parte (de los malos), cuando se vieron perdidos, esperando salvarse; pero sus esperanzas se vieron burladas, y perecieron mi-

zablemente.... Habrá muchos, que son tenidos, y se tienen a sí propios por buenos; pero, que retrocederán a última hora, y verán de lo que son capaces. La mayor parte se encontrarán sorprendidos, y parecerán asombrados de sí mismos. Pero, en este espantoso desastre se oye un grito general: ¡Ay de los sacerdotes infieles a su vocación! ¡Ay de los falsos siervos de Dios! ¡Ay de los que no cumplen su deber! ¡Ay de los que son un obstáculo para el bien! etc. «Estas últimas palabras recuerdan las de Melania, en una carta dirigida a su madre [20 de setiembre de 1870]: «¡Ay de los jefes del pueblo de Dios! ¡Ay de aquellos a quienes están confiadas las almas y las dejan perder! No pronuncio yo estas palabras, sino que las pronunció la Santísima Virgen, llorando, al anunciar las calamidades al mundo.»

En vista del terrible peligro de perder la fe, el más precioso de todos los bienes, los eclesiásticos, aún los más fervorosos y santos, han de poner grande atención en estar dispuestos para la hora de las terribles pruebas, pidiendo de día y de noche el auxilio de Dios, a fin de alcanzar la constancia para ellos y para el pueblo, obteniendo el espíritu de humildad y fidelidad.

«La persecución de la religión, dice Sor Natividad, el derrumbamiento de los Estados, los más terribles castigos de Dios, las más grandes calamidades, pueden ser, y muchas veces son, ocasionadas por la tibieza y las faltas, tenidas por leves, de las personas consagradas a Dios. Por su consagración, debieron ser las antorchas y el apoyo de la fe y de la moral pública; y son piedras en que tropiezan aquellos a quienes ellos debieron enderezar, sostener e ilustrar. De caída en caída, han llegado, al fin, a abandonar cobardemente el camino de la verdad, a hacer vergonzosa traición a la causa de Jesucristo, y a parar en el cisma y la herejía. ¡Cuando se recuerda que todo esto puede haber tenido su origen en la tibieza y en las faltas leves!....

Oigamos lo que sobre este punto dice uno de los más grandes y más seguros maestros de la vida espiritual; y, por cierto, que merece ser meditado con especialísima atención en las presentes circunstancias. San Alfonso de Ligorio habla del grave peligro al que se exponen los eclesiásticos tibios. «El Señor, dice el Santo Do-

tor, mandó a san Juan en el Apocalypsi, que escribiese al obispo de Efeso estas palabras: *Scio opera tua, et laborem, et patientiam tuam*; ya sé lo que haceis, conozco vuestros trabajos encaminados a mi gloria, así como vuestra paciencia en las fatigas de vuestro ministerio. Y luego después añade: *sed habeo adversum te, quod charitatem primam reliquisti*: sin embargo, por otra parte, he de acusaros de haber dejado enfriar vuestro primitivo fervor.—Pero, se dirá: ¿qué gran mal habia en esto? Oid lo que añade el Salvador: *Memor esto itaque unde excideris, et age penitentiam, et prima opera fac*; sin autem, venio tibi, et movebo candlebrum tuum de loco suo. Acordaos del punto de donde habeis caído; haced penitencia por esta caída, y tratad de recobrar el primitivo fervor en que, como ministro mío, estais obligado a vivir; de otra manera, seréis reprobad por mí, como indigno del ministerio que os está confiado.

¡Y qué! La tibieza ¿es causa de tan grande ruina?—Sí. Y lo peor es, que los tibios no la conocen, y, por lo tanto, como no la temen, no buscan medio de evitarla; lo cual sucede principalmente a los eclesiásticos, que, en su mayor parte, van a dar ciegosmente contra este oculto escollo de la tibieza; y muchos encuentran en ella su perdición. *Escollo oculto*: también los tibios están expuestos a un gran peligro de perderse, porque la tibieza no deja ver el mal enorme que causa a un alma. Muchos de ellos, sin duda, no quieren apartarse enteramente de Jesucristo; quieren seguirle, pero seguirle de lejos, como hizo San Pedro, después que el Redentor fué vendido en Gethsemani. Pero al obrar de esta suerte, caen fácilmente en la desgracia ocurrida a San Pedro, que luego de haber entrado en la casa del Pontífice, *por la simple burla de una criada, negó a Jesucristo* (San Juan, 18). Santa Teresa, según atestigua el tribunal de la Rota, no incurrió jamás en una falta grave; sin embargo, el Señor le dejó ver el lugar que tenía preparado en el infierno, no porque lo hubiese merecido, sino porque si se hubiese dejado llevar del estado de tibieza, en que entonces vivía, hubiera acabado por perder la gracia de Dios y condenarse.—El sacerdote tibio celebrará la Misa y el Oficio; pero no sacará de ello fruto alguno; y en vez de avanzar, retrocederá, porque en vez de honrar á

Dios, le deshonra. San Gregorio, al sacerdote obligado a marchar por el camino estrecho de la perfección, y que sigue el camino ancho de la tibieza, lo dice, que se condena; añade, que no se salvará el que está llamado a salvarse como santo, y quiere salvarse como imperfecto... El sacerdote tibio arroja todas sus obras, todos sus ejercicios espirituales á un sacro roto, de suerte, que no le queda mérito alguno; y aún haciéndolos de un modo tan defectuoso, se hace cada vez más digno de castigo. No, no está lejos de perderse el sacerdote que vive en la tibieza.... Los demonios consiguen con frecuencia hacer pasar á los sacerdotes tibios al estado de pecado. «Cornelio á Lápide afirma, que el tibio peca muchas veces mortalmente, si le asalta una grave tentación: *In magno versatur periculo, saepeque, inter tot occasiones quibus plena est hac vita, in mortale prolabitur.* Pero el mayor infortunio está, en que la tibieza es un mal incurable y desesperado. He aquí la razón: Para evitar un peligro, es preciso conocerlo; pues bien, el tibio está sumido en un estado tal de oscuridad y desidia, que no conoce ni esquivá el peligro en que se encuentra.» (Selva) (1). Concluamos este artículo con la siguiente cita notabilísima de Sor Natividad: «¡Cuántos lazos y cuántos motivos para temblar tienen los religiosos tibios, y, sobre todo, los eclesiásticos desidiaos é inaplicados, que, poco cuidadosos de aspirar á la perfección, han tomado el hábito de despreciar lo que se llaman medios pequeños y pequeñas cosas! Pero ya lo estoy viendo: tanto como éstos

(1) Dando aquí, según el Santo Doctor, la razón de los pecados y del probable escándalo que, según las predicciones, algunos eclesiásticos podrán dar, hemos querido advertir de antemano á los fieles, que lean estas líneas, á fin de fortalecerles en la fe, y á fin de que se sorprendan y les afecte menos la defección de sus pastores secundarios, y prevenirlas, que deben más que nunca fijar sus miradas en su primer Pastor, el Vicario infalible de Jesucristo, á quien han de permanecer siempre firmemente adictos, aún cuando todo un clero viniese á abandonar y apostatar, como ha sucedido por desgracia varias veces.

están expuestos, otro tanto están más guardados y robustecidos los eclesiásticos laboriosos, vigilantes y ejemplares, porque tienen más medios y gracias para resistir al demonio y vencer á la naturaleza. Dios les assiste de un modo especial.» —Lo que del sacerdote tibio y odioso dice el R. abad, Conrado Tanner, es igualmente espantoso. (Escuela de Pr., tom. I, pág. 101; tom. II, pág. 6).

XV.—Persecuciones sangrientas y martirio.

«Los eclesiásticos, y los religiosos serán arrojados de sus casas; se les dará muerte, y muerte cruel... Por algún tiempo la Iglesia será entregada á grandes persecuciones; será el tiempo de las tinieblas; la Iglesia pasará por una crisis espantosa...»

«A juzgar por el conjunto del texto de la pastora Melania, párceenos, que los sacerdotes, en general, están amenazados de perder la vida en manos de los malvados. La persecución podrá cebarse en ellos con un refinamiento de crueldad, especialmente en Italia. Si nos referimos al contexto, á las predicciones de la venerable Ana Maria, y á otras revelaciones, no puede dudarse, que la consigna de la Internacional en toda Europa, se ha dado para hacer un holocausto universal. Pero recordemos, que las oraciones, las expiaciones, las conversiones disminuyen los males, y aplacan la cólera de Dios.

Citemos, ante todo, á Sor Rosa Colomba: «Durante la persecución (que habrá de venir en vida de sus coreligiosas) habrá muchos mártires; los eclesiásticos y los religiosos serán el objeto principal de esta persecución. Las religiosas sufrirán mucho; no todas perseverarán; pero muchas permanecerán firmes en la fe, y por esto serán crucificadas.» Predice este martirio á algunas de sus coreligiosas; han de ser crucificadas en una altura plantada de olivos en el huerto de la comunidad, con varias personas que se habrán refugiado allí. No solamente los religiosos, sino también los seglares, verán confiscados sus bienes, y los nobles serán presos. Subirá al poder una democracia feroz: «la Sor llama á uno de los grandes enemigos de la Iglesia en Italia, el precursor del Anticristo;» éste, con muchos secretarios, apoyará, puñal en mano, la predicción de los nuevos principios, contra la

Iglesia. Los mártires serán fortalecidos en la fe por eclesiásticos piadosos y fervientes, que, en especial, pertenecerán á la Orden de Santo Domingo. Algunos obispos renegarán de la fe; pero la mayoría perseverará, y padecerá por la Iglesia. Las dignidades eclesiásticas serán objeto de burla, y se verán envilecidas. La Italia está inundada de pecados, y, en castigo, se verá cubierta de ruinas; las iglesias y los altares serán profanados.»

«Francia quedará sumida en una anarquía espantosa. Las varias fracciones políticas se harán una guerra encarnizada; hasta los ancianos empujarán las armas... La revolución se hará extensiva á las demás naciones. La religión, será perseguida; las iglesias, serán cerradas, pero por poco tiempo; y los eclesiásticos, serán casi todos asesinados.» (La venerable Ana Maria Tajpi. La profecía de Blois anuncia, que los órdenes serán espantosos. «Habrá matanzas en varias grandes poblaciones y, sobre todo, en la capital... En cuanto á los eclesiásticos y á los religiosos de Blois, á lo menos, saldrán bien librados con el miedo. (Estas últimas palabras indican, que la persecución se fijará principalmente en los eclesiásticos.) Los malos querrán destruirlo todo; harán todo el mal que podrán, no todo el que querrán, porque no tendrán tiempo para ello... Ese tiempo será corto, pues si fuese largo, nadie resistiría.... Algunos eclesiásticos se esconderán; las iglesias serán cerradas; pero por tan poco tiempo, que el público apenas se apercebirá de ello.»

El P. Bernardo Clanti (que murió en 1849), dijo, que antes del espantoso castigo por el que Dios ha de exterminar á los malos, «el mal habrá progresado tanto en el mundo, que parecerá que los demonios hayan salido del infierno; tan grande será la persecución de los impíos, contra los justos, que habrán de padecer un verdadero martirio.... Las cosas llegarán á su colmo...» (1).

(1) En las diferentes reseñas de la Aparición de Pontmain, se cuenta, que después de la desaparición de la inscripción, apareció una cruz roja con un Crucifijo del mismo color á los pies de la Santísima Virgen. Bajando entonces sus manos, la Santísima

Inglaterra, según el P. Neckton, verá también derramarse mucha sangre: «sufrirá una revolución más terrible que la (primera) revolución francesa.»

Isabel Eppinger tuvo la siguiente revelación: «Fui sobrecogida de terror, dice, á la vista de los días terribles á que estamos tocando: veo que, desde ahora, los enemigos de la Iglesia, principalmente los que están al frente del gobierno, forman contra ella horribles designios; luego después vi los horrores que se cometerán en estos malos tiempos, y me estremecía. Vi, entre otras,

Virgen cogió el Crucifijo, y levantándolo, lo sostuvo con las dos manos, algo inclinado hacia los niños, como en ademán de presentárselo. En el remate de esa cruz, en un rótulo blanco muy largo estaba escrito en letras rojas: *Jesucristo*. Se cantaba el *Parce, Domine, parce populo tuo*; y la Madre de Dios parecía unida á las oraciones de los concurrentes. Y lo que ha de notarse más aquí, es, que ese cristo no era Jesucristo: su nombre hubiera sido inútil en el rótulo blanco que había al extremo superior de la cruz. «No era tal vez el Representante, el Vicario de Jesucristo en la tierra, Pio IX, cruz de cruz, y el clero italiano y el clero francés, etc., con él en lucha de odio, y á quien los revolucionarios se preparan á sacrificarle? El nombre de *Jesucristo* estaba trazado en letras rojas. Este color de sangre, puesto encima de la Cabeza de todo el cuerpo sacerdotal, podría indicar los sacrificios, los sufrimientos, los ultrajes, las persecuciones, los asesinatos, el martirio, así de la Cabeza, como de los pastores, y de una parte de los individuos de la Santa Iglesia, que habrán permanecido fieles á Dios, adictos de corazón y alma al Sumo Pontífice.

¡Ah! Roguemos, roguemos con mucho fervor; ofrezcámonos en víctimas y en holocausto por el representante de Jesucristo en la tierra, por el triunfo de nuestra Madre, la Santa Iglesia, por los sacerdotes que han recibido la gran misión de salvar á las almas, á fin de que convertidos todos en apóstoles, cumplan con peligro de su vida, y si es preciso, con el martirio, la gran misión de convertir á los pueblos, y confir-marlos en la fe.

la persecucion de los sacerdotes, y el menosprecio de todo lo que es santo.... Entre los individuos del santuario, serán sacrificados algunos personajes eminentes.... Roma verá correr la sangre de los eclesiásticos; varios jesuitas serán asesinados. Los conventos serán saqueados, y las iglesias devastadas....

«La Iglesia, se le dijo á Sor Emmerich, será lavada con sangre.»

Una anciana religiosa trapense, que murió en 1828, anunció en estos términos la próxima persecucion: «Los malos querran exterminar á todos los ministros de Jesucristo, y á todos los amigos de la legitimidad. Habian dado muerte á muchos, y ya gritaban: ¡Victoria! etc.»

La revelacion siguiente, dice el autor de las *Voces proféticas*, nos ha sido comunicada por el Prior de la Cartuja de... a quien se facilitó una copia, en 2 de marzo de 1860. Procede de una persona piadosa, favorecida con luces sobrenaturales. Siendo inminente la hora del peligro, el público religioso nos agradecerá, que le demos conocimiento de esta suprema advertencia del Altísimo. «Me parecia, dice, que vi estallar la revolucion de una manera terrible; parecíame ver súbitamente, que de todas las calles de Paris y otras partes, salian turbas armadas; vi los caminos de hierro interrumpidos por los bandidos; y el que no se habia precavido con tiempo, se veia condenado á permanecer en su casa, y muchos eran asesinados. Vi á muchos sacerdotes encadenados, y parecíame ver un gran número de conventos quemados y saqueados, y religiosas ultrajadas; parecíame tambien, que la mayor parte de esas religiosas, á las que se ultrajaba, eran las que no estaban formadas segun el corazon de Jesús; y que las que eran buenas religiosas, estaban, en parte, preservadas de esta clase de suplicio. Las habia, sin embargo, que eran verdaderamente buenas, y que pasaban por este mismo tormento, para expiar por las demás, que no hacian penitencia, y que no habian dado reparacion por este pecado. ¡Qué trastorno! ¡Qué matanza!...

«Vi á muchas personas que parecían aceptar la muerte en expiacion de sus pecados; pero tambien ví á muchas, que parecían desesperarse á la vista de la muerte. En medio de este trastorno, parecíame oír en todas partes este grito: *Hago penitencia*,

y doy reparacion por tantos crímenes; la doy por tí y por los demás; el día del juicio está próximo. Me es muy difícil decir de que modo se arreglaba esto, pero creí comprender, que la mayor parte de las victimas eran malos, y que el buen Dios cuidaba de los suyos, y los protegía por su Iglesia. Creo que Nuestro Señor quiere conservar á la mayor parte de los buenos, para el triunfo de la Iglesia; no quiere permitir que el furor de los malos arrastre á los que necesita para la salvacion del mundo... Pero hay un grito, que se oye en todas partes en este espantoso desastre: ¡Ay de los sacerdotes infieles á su vocacion! ¡Ay de los falsos servidores de Dios! ¡Ay de los que no cumplen su deber! ¡Ay de los que ponen obstáculo al bien! etc.»

«Tres clases de personas van á ser alcanzadas por el castigo; los pecadores, para hacer en ellos un ejemplo; las personas que, hasta cierto punto, se pueden llamar justas, para hacerles expiar las faltas por las que no han dado bastante satisfaccion, para que hagan una expiacion que no han querido aceptar de buena gana; y otras, que serán victimas justas y agradables á los ojos de Dios, que han satisfecho ya por sí propias, y aun han dado satisfaccion por las menos perfectas, á fin de que colmen la medida, para que el Señor pueda nuevamente derramar sus gracias y favores. Esfuércese, pues, cada cual en purificarse, y en dar satisfaccion, para poder atenuar los males; y el que sea escogido para victima de agradable olor á los ojos de Dios, sea una victima santa. Vosotros, amigos míos, oid mis últimos avisos; propagad estas revelaciones, á fin de atenuar el castigo, y retardarlo, pues el día en que todo ha de concluir, está decretado, y no sufrirá demora. Los que orarán y oirán estos avisos, serán protegidos.» (*Grito de salvacion: comunicacion de Nuestro Señor á un alma santa*).

XVI.—Gracia y gloria del martirio.

La Iglesia está pasando ahora una crisis terrible; por todas partes la cercan enemigos. La impiedad amenaza ser en breve la dominadora universal; su dominacion tendrá, como siempre, el carácter de violenta, perseguidora y sangrienta. Las amenazas y el despojo, en un principio; luego después, la cárcel, los asesinatos, el martirio; preciso

es, que los eclesiásticos esperen dar su vida por Jesucristo. El soldado debe sacrificar su vida para que se gane la batalla, y los ministros del santuario son los soldados de Jesucristo. En su infinita misericordia, Dios se dignará aceptar este sacrificio tardío, como una expiacion y una reparacion de lo pasado; su muerte tendrá el mérito del martirio, al propio tiempo que será una satisfaccion por los pecados del pueblo. Será preciso, pues, que los eclesiásticos, que son los maestros en Israel, los jefes del ejército del Señor, paguen con su persona en esta lucha tan peligrosa y tan terrible. Deben velar y orar. Velar, en primer término: Nuestro Señor, antes de comenzar la obra de su pasion, durante la que la fe de los apóstoles habia de ser blanco de tan rudos ataques, les recomendaba con insistencia la vigilancia y la oracion, á fin de no caer en la tentacion, durante las horas de iniebilis que se acercaban: *Vigilate et orate ut non intretis in tentationem*. Dar su vida por Jesucristo, es cosa superior á las fuerzas humanas. Conviene, pues, pedir la gracia necesaria para sobrelevar las persecuciones, que la cárcel, el martirio. Con la oracion se pueden obrar milagros y trasladar montañas. «Todo lo que pedreis con fe, os será concedido: *Omnia quecumque petieritis in oratione credentes accipietis*.»—¡Qué gracia la del martirio! Deseemos ser mártires...: es un favor que nos hace superiores á las fuerzas humanas. Este deseo es muy agradable á Dios: me ha dado á conocer, que tendrá en cuenta el martirio en favor de todos los que están en verdadera disposicion de morir con su gracia, antes que flaquear en la fe, y aún antes que hacer la menor cosa que pueda ofender á este buen Padre... Puede haber su más y su menos en la disposicion para el martirio; pero esta disposicion ha de hermanarse siempre con un grande amor de Dios, con un odio supremo al pecado, que lo ofende, y, sobre todo, á los pecados, que particularmente cada cual hemos cometido: ese amor hace dar al martirio el nombre de bautismo de sangre. Roguemos, por lo tanto, y temamos no encontrarnos dignos de esta gran gracia, si se presenta ocasion... No hay otro medio de resistir, sin vacilacion, á las terribles pruebas de la persecucion, sino orar, velar sin descanso, y adherirse más que nunca á la creencia y á las decisiones de la Iglesia; y,

por último, no dar un paso sino á la luz de la antorcha de la fe, convencidos, por otra parte, de que Dios no abandona jamás á los suyos, ni les niega las luces, ni los auxilios que sus necesidades requieren.» (*Extracto de Sor Natividad*).

Jesucristo no prometió á sus apóstoles librarlos de la muerte; pero al permitir que murieran, les proporcionó mayores ventajas que si les hubiese preservado de este sufrimiento; pues les enseñó á despreciar la muerte, lo cual es mucho más que librarlos de ella. «No temais á los que dan muerte al cuerpo, decía Nuestro Señor á sus Apóstoles, y que no pueden dar muerte al alma. No temais á los que dan muerte al cuerpo, es decir; el temor de la muerte no os impida decir libremente en público lo que habeis oido en secreto; ni os impida predicar con valor á todos, desde los sitios elevados, lo que se os ha dicho á vosotros solos y al oído. Segun estas palabras, el hombre traidor á la verdad, no es solamente el que la viola directamente, publicando á su aliento la mentira, sino tambien el que no la proclama con valor cuando conviene, ó que no la difunde animosamente como conviene. Por lo tanto, hace traicion á la verdad, no solo el que la niega, sino tambien el que la calla para dar gusto á los poderosos, ó para no enojar á los que pueden dar muerte al cuerpo... Vosotros, que estais viendo como los impíos atacan la verdad de Dios, si os negais á hablar cuando podeis defenderla ¿no se ha de considerar que la abandonais y le haceis traicion?... No temais á los que dan muerte al cuerpo; pues aún cuando los impíos no lo matasen en 60 á Dios, vuestro cuerpo habrá de morir por la ley de su naturaleza. Por consiguiente, aquellos cuyo cuerpo matan los impíos, no pierden más que el tiempo que les quedaba de vida.... Sopongamos, pues, que el que muere por Dios, muere antes del día señalado para su muerte. Pero si de todos modos habeis de morir en breve, sin defender la causa de Dios, ¿por qué no habeis de consentir en morir algo más pronto por esta gran causa, á fin de ofrecer al Señor, como un sacrificio voluntario, vuestra vida, que por fuerza habreis de ofrecerle algo despues como una deuda?... Puesto que al nacer, habeis recibido un cuerpo perecedero, ¿por qué no lo habeis de emplear en utilidad de vuestra alma? ¿no sabeis, que se os quitará en

breve, porque no os pertenece? ¡Ah! ¡Qué locura odiar lo que nos pertenece, y amar lo que no nos corresponde; emplear todos nuestros cuidados en lo que no podemos conservar, y despreciar lo que habremos de poseer eternamente! (San Juan Crisóstomo). Armas, pues, de fuerza y de valor, desde el principio de la tentación, y de la persecución, y después será más difícil vencerlos. — «Hé aquí como el demonio, continúa el santo Doctor, procede en sus ataques; se lanza primero sobre nosotros con un ímpetu casi irresistible; pero si nos resistimos con valor, vuelve á la carga menos vigorosamente; y cuanto más enérgica es la resistencia, más se entibia su ardor. De esta suerte obraban los primeros cristianos en las persecuciones; y cuando eran presos, confesaban la fe sin estrechamiento, eran invencibles en los tormentos que se les aplicaban, después de su prisión, pues el demonio es ménos poderoso que terrible.»

«En virtud de su propio poder, Dios puede, no solo dar muerte al cuerpo, sino perder al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Por esto Jesucristo dice: Temed más al que puede perder el cuerpo y el alma en el infierno, que es la muerte eterna del alma. En efecto; ningún ser viviente ó muerto puede librarse del brazo del Todopoderoso; por esto se dice en el Eclesiástico (XXII, 13): *Teme á Dios y guarda sus mandamientos; en esto consiste todo el hombre*, es decir, éste es el único fin de todo hombre. Ahora ¡ay! la mayor parte de los hombres, temen ménos ofender á Dios, que á sus semejantes; temen ménos perder su cuerpo, que perder su alma..... No queremos temer lo que dehiéramos temer, y tememos lo que no es de temer..... No debéis temer á los hombres, porque solo Dios tiene poder sobre vosotros. El ímpio no puede causar daño á los Santos cuando quiere, sino solo cuando Dios le deja ocasion para proporcionar una corona á sus escogidos. ¿Qué mayor locura puede darse, por lo tanto, que la de no temer al que dió el poder, y temer al que lo recibe? (Lanocer el cartujo).

No hay cosa alguna tan excelente como el martirio, porque es el más noble efecto de la caridad; *pues nadie*, dice Nuestro Señor, *puede dar una mayor prueba de amor que la de dar su vida por sus amigos*; es el acto más heroico de la caridad, que hace

menospreciar los más terribles tormentos, y hasta la muerte; es el sacrificio más grande, pues en todos los demás, no se sacrifican sino bienes exteriores, y en este se involucra á Dios el exterior y el interior á la vez. Hay diferentes clases de verdaderos mártires: los que padecen muerte por la fe; los que prefieren morir ántes que faltar á la ley de Dios; los que son perseguidos por la santidad de su vida; los que dan su vida por la defensa y los derechos de la Iglesia.

— Los mártires están seguros de poseer la gloria al salir de esta vida; por lo cual dijo San Agustín, que es hacerles injuria rogar por ellos después de su muerte; tienen en el cielo una gloria accidental, una aureola particular, y ocupan el primer puesto entre todos los bienaventurados. Santa Teresa nos dice, que habria padecido con gusto todos los tormentos de los mártires, unos después de otros, hasta la consumacion de los siglos, para aumentar, siquiera en un grado, la gloria de que debía gozar un día en el cielo. San Agustín, este doctor tan eminente, tan ilustrado, no vacila en decir, que, sin comparacion, es más apetecible probar, durante las delicias del cielo, que gozar, durante millones de años, las de la tierra. Hé aquí sus palabras, que merecen ser muy meditadas: «La vista de la luz eterna es una cosa tan encantadora, que aún cuando no se pudiese gozar de ella sino un día, sería de preferir esta ventaja á todas las delicias del mundo, y compraría con la pérdida de todos los bienes temporales, aún cuando hubiesen de poseerse durante una infinidad de siglos.» San Pablo nos enseña tambien esta verdad, cuando dice, que todos los males que se pueden padecer, no merecen compararse con la gloria que les está preparada.

No juzguéis del estado del martirio por los sentidos, ó según el estado presente del cuerpo metido en suplicios. Jesucristo es quien padece en los mártires; es quien les da la fuerza y el valor necesarios para sobrellevar sus tormentos; es quien obra el milagro de que un hombre, que por naturaleza teme la muerte, y, sobre todo, la muerte terrible de los mártires, la desea, la busca, la estima, se alegra de ella, y da gracias á Dios. Sin este auxilio maravilloso; ¿cómo tantas mugeres, tantas lindas jóvenes, y tiernos niños hubieran podido resistir al fuego, á la espada, á los potros, á las

fieras, y á todos los esfuerzos de los tiranos? Santa Felicitas se vió sobrecogida de los dolores del parto estando en la cárcel; y como la fuerza de sus dolores arrancase á la Santa algunos gritos, el carcelero se burlaba de ella, diciendo: «Si te quejas de ese mal; ¿cómo podrás sufrir mañana los tormentos y la muerte que te esperan?» A lo cual ella contestó: «Ahora soy yo quien sufro; mañana Jesucristo padecerá en mí. En este momento, con las fuerzas naturales pago las penas que son debidas á la naturaleza; pero, mañana, la gracia del cielo sobrellevará los tormentos que vuestra impiedad me prepara.» En efecto, algunos días después, Santa Felicitas, junto con su compañera Santa Perpétua, marchaba ó iba alegremente á la muerte, cantando algunos versículos de los Salmos. Expuestas una y otra á las fieras, no experimentaron temor alguno, sino que estaban rebosando de alegría.» Soltáronse en el anfiteatro los leones y los leopardos, que las devoraron.

Nuestro Señor colma muchas veces á los santos mártires de dulces consuelos, y de una santa alegría. San Marcos y san Marcolino, protestan, en medio de los tormentos, de que nunca habian gozado tantos bienes y delicias: *Nunquam tam juvende epulatis sumus*. Esta es la expresion de que se sirva el comisario setembrista Viollet, encargado de presidir la matanza de ciento ochenta eclesiásticos encerrados en el Cármen. «Yo me pierdo en conjeturas; me abismo en el asombro; no lo comprendo: vuestros sacerdotes iban á la muerte con la misma alegría y contento, que si hubiesen ido á unas bodas.» (1).

(1) No podemos ménos de creer, que las solemnes advertencias dadas por la Madre de Dios en el santo Monte, entran por algo en el admirable ejemplo de fe y de valor que el mundo contempla en Pio IX. En su celo por la Iglesia y su Cabeza visible, Maria le ha enviado este celestial mensaje: «Que el Vicario de mi Hijo, el Sumo Pontífice, Pio IX, no salga de Roma, después del año 1859; pero que sea firme y generoso; que combata con las armas de la fe y del amor; Yo estaré con él. «Fijando la vista en su Cabeza venerable y predilecta, la Iglesia no puede dudar de la verdad de esta divina promesa.

La ocasion de una santa muerte es tan preciosa, que ningún hombre cuerdo debe perderla cuando se presenta. Es preciso convencerse, de que por este solo acto de generosidad cristiana, se alcanzan tantos méritos delante de Dios, como se alcanzarían en todo el resto de la vida, si se viviese mucho más tiempo; de modo, que si alguno, al entrar en una Orden religiosa, á la vez todos sus bienes á los pobres, alcanza tanto mérito, como si viviendo en el mundo, hiciese muchas limosnas en diferentes tiempos. Y ¿acaso sabemos de que modo viviríamos después, y en que estado moriríamos? ¿qué sería ahora Tertuliano, si ántes de su caída hubiese muerto por Jesucristo?

Hay tres clases de santas muertes: 1.^a *Morir al servicio de los apóstados*. Es una piadosa creencia, que descansa en sólido fundamento, la de que los que mueren al servicio de los apóstados, van directamente al cielo, sin verse obligados á satisfacer en otra forma á la justicia de Dios. En el Martirologio Romano, correspondiente al 23 de febrero, se lee lo siguiente: «En Alejandría, conmemoracion de los santos Sacerdotes, de los santos Diaconos y otros fieles en crecidísimo número, que, en tiempos del emperador Valeriano, en los momentos en que una terrible peste causaba grandes estragos, auxiliaron á los enfermos y arrojaron espontáneamente la muerte. Por esto la piedad de los primitivos cristianos los veneró como verdaderos mártires; 2.^a *morir á mano de los perseguidores*, ó en las misiones, sea á mano de los infieles, sea por exceso de trabajo, ó por algun accidente que se encuentre en el ejercicio de su celo; 3.^a *dar la vida por la grey*, como pueden haberlo los prelados, los párrocos, los superiores. (L. Lallemand, y Cornelio á Lápide).

Los mártires son los primeros héroes del cristianismo. A este propósito, dice el venerable Luis de Granada: «Permanezcan mudos los ángeles, los querubines y los serafines, ántes que entrar en comparacion con la gloria que dan á Dios esas grandes almas. Pues la gloria que los mártires han dado á Dios, es más grande, que la que le dan todas las criaturas, y aun los ángeles.»

«El martirio, dice San Cipriano, es el término de los pecados, el término de los

peligros, el guía de la salvación, el dueño del cielo. La gloria del martirio es inapreciable; es de un valor incalculable; es una victoria sin mancha, es un triunfo sin fin. Imitando á Jesucristo, el mártir tiene el honor de participar de sus padecimientos. ¡Cuán preciosa es esa muerte, que compra la inmortalidad, derramando la sangre! ¡Cuán satisfecho está de ello Jesucristo! ¡Cómo se complace en combatir y vencer por medio de esos servidores! El martirio es de un orden más elevado; mereca un grado de gracia mayor que el bautismo de agua. Los ángeles son los ministros de este bautismo: después de recibirlo, no se peca más; corona la fe, y une á Dios para siempre á los que hace salir de este mundo por medio de las persecuciones y el martirio; los ojos se cierran para la tierra, pero se abren para el cielo.... La vida temporal y pasajera se extingue; pero le sucede la vida eterna. » (*Exhortación al martirio*).

Todos los tormentos se han inventado para gloria de los mártires, puesto que los instrumentos de su suplicio han servido para la pompa de su triunfo. (*San Leon*).

Desde su cárcel, el grande Apóstol escribía á los de Efeso: *Ego Paulus vincitus Christi Jesu*: Yo, Pablo, prisionero por Jesucristo. Refiriéndose á estas palabras, San Juan Crisóstomo exclama: «Llevar cadenas por Jesucristo es algo más grande y más ilustre que ser apóstol, doctor, evangelista; es una dignidad que aventaja á toda monarquía. El que ama á Jesucristo, prefiere ser cautivo por la gloria de su nombre, que vivir en el cielo. Una rica diadema, un brillante de piedras preciosas, no adorna tanto una frente, como una cadena de hierro llevada por amor de Jesucristo. Si yo tuviese á escoger entre estar con los ángeles al rededor del trono de Dios, ó con San Pablo en la cárcel, no vacilaría, y preferiría la cárcel. Nada hay comparable á este cautiverio: Pablo, arrebatado al tercer cielo, era menos feliz, que en las cadenas; yo prefiero padecer con Jesucristo, que reinar con él. ¡Oh felices cadenas! Pedro se vió cargado de ellas; un ángel las rompió, y le sacó de la cárcel. Si alguno me dijese: Escoge; ¿quieres ser el ángel, que libra á Pedro, ó ser Pedro entre cadenas? contestaría: Prefiero ser Pedro; las cadenas con que se le ha sujetado, son un don más grande, que el don de parar el curso del

sol, dar movimiento al mundo, ó sujetar á los demonios ó arrojarlos del cuerpo. El martirio es el acto más perfecto de fe, de esperanza, de caridad, de religión, de valor; por lo tanto, proporciona la mejor corona en la tierra y en el cielo.» (*Homilía VIII*).

XVII.—Necesidad de prepararse para el martirio.

En todos tiempos, hubo mártires; nuestra época tendrá los suyos; el Anticristo hará que sean innumerables.

« Los mártires, dice san Alfonso de Liguorio, antes de recibir el golpe mortal, se habían preparado de antemano para la muerte, y todos los tormentos. » Considerámoslos como una verdadera necesidad para los fieles, estar dispuestos á sufrir las persecuciones, á profesar en público la fe, aun con riesgo de su vida. « La suavidad de las costumbres públicas ¿ofrece garantías suficientes contra la reproducción de sangrientos excesos? Años atrás, podía uno hacerse esta ilusión; mas, ahora ¿quién puede conservarla? Nuestra Francia, tan generosa, tan culta, ¿no acaba de quedar estupefacta, al descubrir que contenía en su seno hombres, cuya atroz crueldad parecía posible encontrarla solamente en el seno de la más inculca barbarie? » (*Mons. Regnier, arzobispo de Cambray*).

Los deberes de los católicos, en los tiempos de persecución, son los siguientes: 1.º El que es demandado ante un tribunal, é interrogado por los jueces sobre la fe, está obligado á profesarla exteriormente. Esta obligación es rigurosa, aun cuando por ella haya de perderse la vida. ¿Qué respondían los mártires, cuando los perseguidores les preguntaban sobre su fe? Que eran cristianos, y preferían morir antes que renegar de la fe católica. Pero si no preguntase un simple particular, y no se interesase en ello, ni la gloria de Dios, ni el bien espiritual del prójimo, podría no contestarse, y recordad al interrogante la obligación de ser discreto. 2.º No es renegar de la fe evitar la persecución. Es un deber, ó á lo menos una cuerda precaución, si se teme la flaqueza propia, ó bien, si se tiene intención de conservar la vida para el bien espiritual de los fieles. Sin embargo, un pastor, cuya presencia es necesaria para conservar á la

grey en la fidelidad, y prevenirla contra el error, no puede licitamente alejarse por temor de la persecución ó de la muerte. Debe entonces sacrificarse, recordando, que el merecerlo buye cuando ha de venir el lobo; pero que el buen pastor dá su vida por sus ovejas.

Un cristiano reniega de su fe de varios modos; de viva voz, ó por escrito, cuando declara, que no es católico, ó aun cuando rechaza una verdad católica; de obra, cuando realiza un acto que puede considerarse como signo de apostasía; por ejemplo, quemar incienso á la cruz, y practicar ciertas ceremonias propias de los herejes y de los infieles. Renegar de la fe, es un crimen enorme; es ser traidor y rebelde á la Iglesia; es faltar á todos los mas sagrados compromisos; es renunciar al bautismo, al paraíso, á Dios.

XVIII.—Porque Dios permite las herejías y las persecuciones.

« La tentación está hecha para los justos, porque Dios quiere poner á prueba su fidelidad, y esta prueba nunca es bastante segura, hasta que la fe es atacada y la virtud perseguida. De esta suerte pone á prueba el amor y la fidelidad de sus servidores; quiere que tambien conozcan por sí propios, por medio de esta prueba, si le temen verdaderamente; les hace tocar con la mano su propia debilidad y la necesidad de su gracia; por medio de la tribulación los levanta á más alto grado de humildad, de valor, de confianza y de amor á Dios. Los Libros Santos están llenos de esta verdad, y no se comprende como un cristiano puede ignorarla. Es preciso, que todos cuantos quieran vivir piadosamente (fielmente) en Jesucristo, sufran persecución. Por otra parte, no creais que sea tan fácil, que los verdaderos justos prevariquen en tiempo de persecución. Todos los que parecen justos, no lo son delante de Dios, que sondea los corazones. Muchos son justos á sus ojos propios y á los del mundo pero Dios, por medio de la persecución, dá á conocer la verdad. Nadie se entrega á los herejes sino el pecador.... Es muy raro, que los que se hubieran salvado en la Iglesia, sean arrebatados por la tentación á morir fuera de la Iglesia. » (*San Agustín*). « Las herejías pue-

den mucho contra aquellos cuya fe es débil. » (*Tertuliano*).

De ordinario, la persecución sorprende á la Iglesia en el tiempo, en que las costumbres de los fieles están tan corrompidas, que habria pocos que se salvaran permaneciendo en la Iglesia. Los justos sacan de la persecución las mayores ventajas; la persecución les proporciona medios de satisfacer á la justicia de Dios, y expiar sus faltas en esta vida, de una manera mucho más suave que en la otra. En tiempo de paz, la flojedad acaba por dominar poco á poco á las almas, y se apodera de las personas virtuosas y timoratas. No se conoce bien el desorden cuando es común; uno se cree irracional, porque es ménos culpable que los otros. Si este estado de calma durase, no habria casi un justo en el mundo. En las persecuciones se forman esos hombres de una virtud heroica, que son la gloria de la Iglesia, y que sirven de modelo á las generaciones venideras. Si la persecución llega al extremo de prohibir el culto público, se ven familias enteras, que reproducen el fervor y la caridad de los primeros fieles.

Es preciso que haya escándalos en la Iglesia; pero cuando el escándalo podría llegar al punto de pervertir hasta á los escogidos, cuando los vicios son tan públicos y tan generales, que manchan exteriormente la santidad visible de su Iglesia; entónces, Dios, celoso de la honra de su Esposa y de la salvación de sus queridos amigos, deja libre curso á los vientos impetuosos de la herejía, del cisma y de la apostasía, que arrastran fuera de la Iglesia á las ligeras y estériles peñas. Tal es, dice san Agustín, el fin de los cristianos sensuales, que no han podido ser corregidos ni tolerados. De esta suerte, los herejes, los cismáticos, con su apostasía pública, solemne, libran en gran parte á la Iglesia romana de un número sorprendente de espíritus orgullosos, indisciplinados, incontinentes, ladrones y venegativos. Debemos agradecerlo. Las persecuciones ayudan, pues, á separar el buen grano de la paja. Si no fuese así, podría temerse, que el error tratase de envolver á toda la Iglesia, y formar de los herejes, católicos vicciados y de los incrédulos, una sola familia universal. Entónces se llegaría á creer, que el verdadero culto seria un objeto indiferente; que la integridad de la fe no es necesaria para la salvación; que se

puede ser materialista, ateo, deísta, y al mismo tiempo católico. Entónces sería el tiempo de mayor aflicción de la Iglesia, del oscurecimiento de su gloria, de su próxima ruina por el triunfo de la incredulidad....

Pero hay todavía un motivo, que se identifica más con la gloria de la Iglesia, por la que Dios ha permitido en todo tiempo persecuciones tan terribles y en tan gran número. El enemigo no ataca sino la verdad, y no pone cerco sino al campo y a los soldados de Jesucristo. Solo á la Iglesia católica le corresponde ser perseguida. Uno de los caracteres de la verdadera religion es la santidad, y una religion santa, no puede serlo sin persecuciones. El demonio no puede dejar en paz una religion, que destruye su imperio, que tiende a poblar el reino del cielo, que él ha perdido. Los malos, abandonados á sus pasiones desenfrenadas, deben tambien tener horror á una religion que los juzga, que los atormenta, y los condena. De esta suerte la iniquidad del infierno, unida á la del mundo, vomitará siempre todo el veneno de un odio obstinado contra la Iglesia, de la que es enemiga natural.

«Si los hombres del mal, si los impíos quieren amenazar, sepan, dice san Cipriano, que los sacerdotes de Dios no les temen. Pues ni el Anticristo, cuando vendrá, podrá entrar en la Iglesia por sus amenazas; la Iglesia no cederá á sus armas, ni á su violencia, aún cuando el Anticristo dirá, que quiere matar á todos cuantos le resistan.» [Mazzarilli, *Tribulaciones de la Iglesia*].

Sobre esto mismo, véase lo que Nuestro Señor comunicaba á Sor Natividad, en medio de las grandes pruebas que iban á combatir á la Iglesia, á fines del siglo último: «Nunca esta santa Esposa me ha sido más querida, que cuando sufre por mi amor. La Iglesia de Francia no habrá sido jamás tan gloriosa y triunfante, como en ese período de persecucion. Mis santos del cielo triunfan por el amor y por la gloria; pero los de la tierra triunfan por las pruebas en que se pone su amor y su fidelidad á la fe. Este tiempo de pruebas acabará de perfeccionar á los justos, y convertirá á muchos pecadores. El que despues de toda una vida pasada en el desórden, entrará en si, y reuniendo su fe casi extinguida, se pondrá al lado de mis generosos combatientes, si me ofrece el sacrificio de su vida y el homena-

je de su sangre en defensa de mi causa y en expiacion de sus pecados, juro por mí, que los perdonaré todos... Hará de su sangre un baño saludable, un segundo bautismo, en que serán lavados todos sus pecados, y serán borrados completamente en cuanto á la culpa y en cuanto á la pena.

«La persecucion, padecida en nombre de Dios, por la Iglesia en general, será, además, un martirio, y la purificará como el oro en el horno... La malicia del infierno, por más que procure hacer prosélitos y partidarios del error, no hará con esto más que separar de la Iglesia á los que no eran dignos de ella. Sus verdaderos hijos se le conservarán siempre adictos; y esta separacion de los malos y de los hijos de perdicion, léjos de destruir á la Iglesia, no hará sino purificarla y darle mayor esplendor.» Si; la desercion de los apóstatas, redundará en mayor gloria mia. Mi Iglesia, ménos numerosa en apariencia, adquirirá nuevo esplendor. Será más pura y más brillante, como el grano, que tamizado, se separa del polvo y de la paja... He dicho, que la Iglesia será ménos numerosa en apariencia; pues en virtud de la sustitucion de mis gracias, que así se realiza en grande, como en pequeño, de reino á reino, de particular á particular, puede decirse, que la antorcha de la fe se pasea y va sucesivamente á iluminar otras naciones... Así es, que, de cualquier modo que se entienda, mi religion no puede ménos de ganar en número y en favor con este cambio.

«De esta suerte, mi gracia y mis luces son quitadas al que abusa de ellas, para pasar al que se hace más digno de las mismas, y por la misma sustitucion, mi religion pasa de una nacion á otra.»

XIX.—Causa de la pérdida de la fe.

Lo que expone más á perder la fe, es: 1.º La incuria en cumplir los propios deberes, porque la fe se conserva y se fortalece con la práctica; la fe se pierde, cuando no se hace uso de ella, ó cuando se la deja en la inaccion; 2.º el libertinaje, que va extinguiendo los remordimientos de la conciencia, oscurece el entendimiento, y produce la dureza de corazon; hé aqui los desastrosos efectos de la mucha frecuencia en el pecar; 3.º la intimidad con los impíos: las malas conversaciones corrompen las

buenas costumbres, debilitan la fe, y acaban por destruirla; 4.º la lectura de libros malos, y especialmente de los periódicos irreligiosos. Estos últimos son todavía más peligrosos que los libros malos, porque, leyéndolos cada dia, el veneno de las falsas doctrinas penetra en el alma gota á gota, sin que uno se aperciba de ello, y los lectores de esta clase de periódicos se vuelven en breve tiempo incrédulos. Nunca se ha permitido leer libros inmorales, y los eclesiásticos estan obligados á advertir á los fieles, en contra de la lectura de los libros de herejes, innovadores, é impíos, que atacan á la religion en sus fundamentos ó en algunos dogmas. Esta lectura es siempre peligrosa para los fieles en general; y tambien lo es, como dice Mons. Goussel, para algunos eclesiásticos. Todos los fieles necesitan un permiso especial para leer los libros que están en el Index.

«La apostasia incurre en las mismas penas canónicas que la hereja; por consiguiente, como nos parece, que los impíos que profesan el ateísmo y el deísmo, deben contarse entre los apóstatas, preciso es confesar, que incurren en excomunion y de más penas canónicas fulminadas contra los herejes.» [Teologia moral, Card. Goussel].

XX.—Medios de conservar la fe.

Es preciso hacer todo cuanto se pueda para conservar y aumentar la fe en nosotros.—Por lo tanto debemos:

1.º Considerar la fe como el más grande y más precioso de todos los bienes; 2.º evitar todo lo que podria hacernosla perder, ó simplemente podria debilitarla; 3.º rogar á Dios, que la conserve y la aumente en nosotros; 4.º ser perfectamente dóciles á todas las doctrinas de la Iglesia; 5.º arreglar nuestra conducta á nuestra creencia; y por este medio, principalmente, daremos vigor y vida á nuestra fe. Esforémonos, por lo tanto, en no vivir habitualmente en pecado mortal, porque este introduce en el alma densas nieblas, que oscurecen la luz de la fe, y evitamos principalmente todo pecado de orgullo que es el origen de la hereja y de la incredulidad; 6.º es preciso hacer á menudo fervorosos actos de fe, esperanza y caridad, y repetir con frecuencia: *Credo, Domine; adjuva incredulitatem meam*; 7.º frecuentar los sacramentos, y

recibirlos con gran devocion; 8.º acudir repetidamente á la Santísima Virgen, porque alcanza la perseverancia para quien la pide; si no se le pide especialmente su auxilio, será difícil perseverar; 9.º practicar la humildad; el Señor da su gracia á los humildes; la falta de humildad es la causa de todos los pecados, de todas las caidas; 10.º y último, evitar toda tibieza en el servicio de Dios, y la menor indiferencia para todo lo concerniente á la religion, sino al contrario, dedicarse por completo al servicio de Dios, del Papa y de la Iglesia.

Nunca se deplorarán bastante el perjuicio y los males que la tibieza y la relajacion causan en las almas, en los ministros del santuario, en las ordenes religiosas. La falta de humildad y la relajacion, hicieron caer á varios grandes hombres, y derribaron columnas de la Iglesia, como el célebre Osio, obispo de Córdoba, quien habiendo presidido en nombre del Papa el concilio de Nicea, habiendo defendido por tanto tiempo y con tanto celo la fe contra los arianos, habiendo obtenido tan brillantes triunfos sobre esos herejes, enemigos jurados del Hijo de Dios, al fin vencido por el temor, por el respeto humano, se dejó llevar al punto de firmar la condenacion de San Atanasio. Los galicanos, los católicos liberales, los eclesiásticos rebeldes contra el concilio del Vaticano; ¿tienen alguna humildad?

Otro medio absolutamente indispensable para perseverar en la fe, en medio de las persecuciones, consiste en pedir el don de fortaleza. «La fortaleza es una virtud, que nos robustece contra el temor y contra el horror de las dificultades, de los peligros y de los trabajos, que se encuentran en los diferentes estados de nuestra vida. Este don es una disposicion habitual, que el Espíritu Santo pone en el alma y en el cuerpo, para hacer y para sufrir cosas extraordinarias, para emprender las acciones más difíciles, para exponerse á los más temibles peligros, para sobrellevar las más rudas penalidades, y las más pesadas penas, y esto constantemente y de una manera heroica. Este don es sumamente necesario en ciertas ocasiones, en que nos sentimos combatidos por terribles tentaciones, á las que, si se quiere resistir, es preciso resolverse á perder los bienes, el honor ó la vida. En este caso, el Espíritu Santo asiste poderosamente con su consejo y con su fuerza á un